

Cristo reposa en Magdala

Y la pecadora Mariam, pues mucho amó, es perdonada por Él, de todas sus culpas



Al pie de una ladera, recostada entre jardines, bañada por bulliciosos arroyuelos, asomada al borde del lago Tiberíades y sonriendo al sol de Oriente, Magdala o Medjdel, según hoy se la llama, es, en tiempo de Jesucristo, una ciudad deliciosa, no exenta de afanes industriales y comerciales, como lo demuestran sus ochenta almacenes de tejedores de lana fina y trescientas familias dedicadas a la venta de palomas para los sacrificios.

De paso de Naím para Cafarnaúm detiéndose aquí el Rabbí o Maestro, **gran profesa, poderoso en obras y en palabras.**

El fariseo Simón le invita a sentarse a su mesa. ¿Para espiarle? ¿Por mera curiosidad? ¿Por benevolencia?.. El Maestro condesciende.

La hospitalidad oriental es muy afectuosa y aparatosa. Apenas el convidado se presenta en la casa, se le saluda con un beso de paz, se le recogen las sandalias, como entre nosotros el sombrero, el bastón... Se le lavan los pies del polvo del camino. Se le unge o rocía la cabeza, y aun la barba, con pomadas o esencias. Se le lavan las manos. Y se le conduce a la mesa.

Mas esta vez, el anfitrión omite los honores

usuales con hiriente descortesía, que la exquisita finura del Maestro disimula.

Los comensales se acomodan a la usanza romana, recostándose con los pies desnudos sobre los divanes que rodean la mesa.

El banquete va adelantado, cuando, súbitamente, irrumpe en la sala del convite una mujer con un pomo de alabastro en sus manos. Jamás ha hablado todavía al Maestro. Mas la santidad del Rabbí, la virtud que sale de él y la sublimidad de su predicación han tocado y regenerado su corrompido, pero ardiente y generoso corazón, redimiéndole de su pasado ignominioso. Y no anhela sino dar público testimonio de su gratitud y amor a su desde ahora adorado Maestro.

Avanza con santa osadía hacia el Rabbí, latándole vivamente el corazón. Cae de rodillas. Y sin abrir los labios, porque los grandes amores y dolores son mudos, cubre de piadosos besos sus pies. Se los baña con abundantes lágrimas. Y aún desata su hermosa cabellera; y, haciendo de sus trenzas magníficas un instrumento de penitencia, se los enjuga con su seda humillada. Y quebrando el cuello al pomo de alabastro, se los unge y perfuma.

Los invitados callan, espantados, ante el atrevimiento de esta mujer. ¿Quién no la conoce? Es Mariam, la mujer pecadora, la endemoniada. También calla el fariseo Simón; pero, piensa para sus adentros: "Si este Rabbí fuera, realmente, profeta, conocería a buen seguro quién y qué tal es la mujer que tiene a sus plantas; pues es mujer de mala vida".

Mas la voz del Maestro, que penetra a los corazones y ve los pensamientos, rompe, por fin, aquel expresivo silencio:

—Simón, tengo algo que decirte.

—Dilo, Maestro.

—Cierta prestamista tenía dos deudores. Uno le debía quinientos denarios; el otro, cincuenta. No teniendo éstos con qué pagar, perdonó a entrambos sus deudas. ¿Cuál de los dos se le mostrará más agradecido?

—Me figuro que aquél a quien perdonó más.

—Juzgaste acertadamente. ¿Ves ahora esta mujer? Yo entré en tu casa y no me ofreciste agua para lavar mis pies; mas ésta me los ha bañado con sus lágrimas y enjugado con sus cabellos. Tú no me has dado el beso de paz ni has perfumado mi cabeza; y ésta, desde que llegó, no ha cesado de besar mis pies y ha derramado sobre ellos sus perfumes. Por lo cual, te digo: se le perdonan sus muchos pecados porque ha amado mucho. Pues aquél a quien se le perdona menos, ama menos.

Y volviéndose a Mariam, la dice el Maestro: Perdonados te son tus pecados... Tu fe confiada te salva... Vete en paz.

¡Castas lágrimas de la pecadora convertida, cabellos flotantes sobre los pies del Salvador, besos dulces y amargos de la penitencia, no fuisteis estériles!

Muchas Mariam se han redimido y se redimirán todavía de su ignominia, y jurarán inquebrantable amor y fidelidad al Maestro bueno, animadas por el ejemplo de Mariam de Magdala.



«Moisés ante Faraón», bello dibujo a pluma de nuestro joven colaborador Gregorio Alonso